

1917).

5-53 1

El tesón de Constantino

(Fragmento de psicología regia)

Creo que fué Nietzsche el que inventó la expresión de «voluntad de potencia». Mas no toda voluntad es voluntad de poder; hay voluntad de no poder. Hay quien no quiere poder algo, y hay también quien quiere no poderlo. Hay, pues, voluntad de impotencia. Tal la del esclavo que no quiere sacudirse la esclavitud que le ahorra el sentimiento de la responsabilidad que sostiene al hombre libre y dueño de sí. Y hay también la voluntad de incertidumbre y de irresolución. Que si hay hombres irresolutos por debilidad — esto siempre, — y con debilidad los hay también que muestran un inquebrantable tesón en ser irresolutos, en no resolverse. «Lo que es a mí, a no querer nadie me gana», le oímos un día a uno de éstos.

Y en los pueblos, como en los hombres voluntariosos, lo que suele haber muchas veces es la terquedad del jumento que tesa. Su voluntad suele ser «voluntad» — no de «velle», querer, sino de «nolle», no querer. — La expresión de «burro» aplicada a un hombre, no equivale a la de tonto o necio o ignorante; el hombre burro puede no ser ni tonto ni ignorante. Es el terco, y terco sobre todo en oponerse, en hacer, en no querer. La neutralidad no es muchas veces sino la manifestación de la «pluntad», del no querer.

Cuando esta guerra haya pasado y se la estudie como estudiamos hoy las guerras napoleónicas o las cruzadas, uno de sus actores que más materia de estudio ofrezca a los historiadores — psicólogos, a los que buscan en la historia más que la acción y pasión colectivas de los pueblos las de los individuos, será el rey Constantino de Grecia. Nos interesa grandemente este hombre fundamentalmente tizado. Nos interesa como hombre y nos interesa como rey. Como rey constitucional a quien la Constitución y la constitucionalidad le estorban.

No creemos que haya que dar demasiada importancia a su parentesco con el kaiser, a que esté casado con una hermana de éste. Su germanofilia parece que proceda más bien de otras causas que las del parentesco, que entre reyes tiene muy poco, poquísimo valor, ya que todos los reyes son, por uno u otro lado, primos entre sí. Un rey resulta pariente de casi todos los otros reyes. La germanofilia del rey Constantino de Grecia parece que provenga más bien de su kaiserismo, o sea cesarismo; es decir, de que es cesarista, partidario del poder personal, del absolutismo.

Nos resistimos a creer ante todo que haya rey alguno constitucional, como no sea absolutamente tonto, que sea sinceramente constitucionalista. No es natural que quien goza de un poder de esa clase desee verlo limitado y reglado. Un rey, además, por la pésima educación que por lo regular reciben — sobre todo cuando es rey desde que nació — y por la acción nefasta de los cortesanos y de los políticos, que sólo apoyándose en él pueden llegar al poder, está muy expuesto a creerse, si no el más inteligente de los hombres de su país, el mejor enterado. El que nace y se cría en la cima de una montaña, a mil metros sobre el valle, está muy expuesto a creer

que tiene mil metros más de altura que los más altos de los que en el valle habitan. Esta terrible ilusión es muy fácil que un rey la padezca. La que puede llevarle, entre otras cosas, a llamar a los hombres públicos de su país, a sus consejeros, no para que le aconsejen, sino para que le oigan; no a recibir lecciones, sino a dárseles, y a que salgan diciendo: «Cuánto sabe este hombre! ¡qué inteligente es!» Los extranjeros que han hablado con el kaiser dicen que todo su empeño era apoderarse del ánimo de su interlocutor, deslumbrarle, darle lecciones. Cuando estuvo en Lisboa, le manifestó al rey D. Carlos, al suicidado por Buica, que quería hablar con un sabio portugués, y el rey se acordó de Teófilo Braga, republicano, a quien mandó recado, por si accedía, a ir a ver al kaiser. Y dicen que Braga dijo algo así como: «¡A mí no me examina ese tío!» En lo que el buen Teófilo demostró no conocer la psicología del kaiser, quien más le buscaba para recitar ante él su lección y deslumbrarle, que para examinarle.

No sabemos si Constantino de Grecia, el cuñado del kaiser, será petulante y se creará, adulado como por fuerza ha de estarlo, muy inteligente; pero sus relaciones con Venizelos, ya desde antes de estallar la guerra, parecen demostrar que es envidioso. «¿Envidioso? — exclamará aquí algún lector; — ¿envidioso un rey?; ¿y de qué?» Y sin embargo, un rey puede ser envidioso. No de lo que noblemente pudiera envidiar, y es de que otros reyes lo hagan, como tales reyes, mejor que él, sino genéricamente envidioso. El kaiser mismo, a quien le daba por ser pintor, y músico, y marino, y dramaturgo y orador, no parece que miraba con buenos ojos a los pintores, músicos, dramaturgos y oradores de verdadera valía de su pueblo. Por lo menos distinguía a los más ramplones y a los más serviles. Y Constantino no parece que mirara con buenos ojos el que uno de sus súbditos, cual era Venizelos, le eclipsara en prestigio político, y apareciera como el verdadero conductor de Grecia, como el verdadero «rex» regidor, como el que de veras regia. Muchas de las cosas más turbias de la historia actual de Grecia se explican por la envidia regia.

El padre Coloma, en su obra «Jeromín», escribió de la regia envidia que Felipe II, hombre de pasiones frías y concentradas, tenía a su hermano bastardo D. Juan de Austria, y de cómo esa envidia le llevó a desaciertos graves. Y por cierto, cuando la obra esa del padre Luis Coloma, S. J., se publicó, el hoy general Burguete dió en un periódico de Madrid un artículo crítico intencionadísimo, comentando esa regia envidia de Felipe II, y entre cuyas líneas se adivinaban sutiles alusiones. Lo que para nosotros que habíamos oído a Burguete curiosas revelaciones, resultaba más claro.

Parece bastante claro que Constantino de Grecia tiene envidia de Venizelos, y además que le molesta el espíritu civil, democrático, constitucionalista, de este antiguo revolucionario de alma republicana, hasta cuando lealmente servía a su rey. Y por eso Constantino ha disuelto alguna vez el Parlamento, teniendo Venizelos mayoría en él. Y por eso se ha apoyado en la oligarquía militar enemiga de la constitucionalidad y de la democracia. Constantino se apoya en una guardia pretoriana. Y si es germanófilo, no es por amor a Alemania, cuanto





por amor al absolutismo imperial. A haberlo podido, hubiérase proclamado zar; esto es, César, como Fernando de Bulgaria, otro absolutista se proclamó, o sultán. Y como comprende que esta guerra es una gran Revolución de fondo democrático, civilista y republicano, que sólo dejará en pie a los reyes sinceramente constitucionales, demócratas, civiles y republicanos — y eso si los deja... — por eso trata de oponerse a la Revolución. ¿Y cómo? Pues no haciendo y entercándose en la irresolución y queriendo jugar con unos y con otros.

Dicen que pese a todo, ha estado y acaso sigue estando convencido del triunfo final de Alemania; es decir, del cesarismo pretoriano; pero no podemos creerlo. A lo sumo, que como lo desca, no se resuelve a convencerse de que tal triunfo se convierta en derrota. Todos los mortales, reyes y no reyes, somos propensos a no creer en lo que no nos conviene. Lo que debe haber es que Constantino se da cuenta de que si se va con los aliados no va a ganar nada como rey, aunque su patria, es decir, la patria de sus súbditos — los reyes pocas veces tienen patria. — Grecia, gane con él. En un conflicto entre el interés patrio y el dinástico — que no siempre coinciden ni mucho menos; — entre el patriotismo y el dinastismo es muy natural que un rey sacrifique el interés patrio al dinástico, y ello creyendo muy ingenuamente servir así a la patria de sus súbditos, que se le ha enseñado a considerar como cimentada sobre su realeza. Es que no puede ver esa patria de sus súbditos sino desde su realeza, y le tiene que resultar casi imposible salirse de sí mismo. Una abdicación rarísima vez puede ser — como lo fué en el caso del rey Amadeo I de Saboya aquí, en España — un acto espontáneo y sincero, y si el rey, lo es de nacimiento y ha heredado el trono — lo que no pasaba con Amadeo, — tal espontaneidad y sinceridad la estimamos imposible.

Constantino, que no podía soportar el que Venizelos le dirigiera y dirigiera a Grecia, ve bien que la derrota del kaiser es la derrota del absolutismo monárquico, apoyado en la oligarquía pretoriana de los militares de oficio, y resiste. Y si abdica, será porque no tenga más remedio. Rendirse al leal, al sincero constitucionalismo, ser el primer magistrado civil, que no militar, de una República coronada — así llaman algunos a la monarquía británica, — debe de ser algo que le repugne más que el abdicar. Y sobre todo lo que debe repugnarle es tener que volver mañana a llamar al envidiado Venizelos. Constantino parece ser, a su modo, un carácter. Su terquedad es voluntad de impotencia.

Hay mucho que aprender en la Grecia de hoy.

MICHEL DE UNAMUNO.

